

KRONBORG

Rosa Alcántara Menéndez



La aparente calma de la pequeña ciudad danesa de Elsinore queda rota cuando en agosto de 2019 roban unos viejos mapas del famoso Castillo de Kronborg y en uno de sus bastiones aparece el cadáver decapitado de un hombre. Estos dos hechos cruzan los destinos de dos policías a priori sin nada en común: la experta en patrimonio Caitlin Parrish, de regreso al lugar que marcó su infancia, y el inspector de homicidios Martin Hansen. Durante la investigación surgen pistas claras hacia sospechosos incómodos, intachables ciudadanos hasta ese momento, que desembocan en sórdidos crímenes cometidos en el pasado.

Descubrirán asuntos turbios y no solo deberán enfrentarse a la inteligencia de un asesino paciente que se guía por un patrón incomprensible, sino que también deberán tomar la decisión personal más importante de sus vidas enfrentándose a lo único que ninguno esperaba hallar y pone en peligro la independencia que comparten.

Una mujer brillante y un hombre con vocación de lobo solitario al filo de un precipicio, unidos en el objetivo de encontrar al sádico asesino que ha sembrado el miedo entre la población, unidos por emociones incontrolables en un viaje a lo desconocido.

Excepto entornos, personas y hechos históricos reales, los personajes y todas las situaciones de esta novela son ficticios, producto de la rigurosa locura de mi imaginación y las experiencias que me ha proporcionado la vida, la literatura y todos los documentos que han servido para que esta historia sea creíble. Cualquier semejanza con la realidad no sería posible, siempre me quedaría corta.

Prólogo

Elsinor, Dinamarca, febrero de 1800

EL FRONDOSO BOSQUE engulló las sombras de los dos hombres con la voracidad de una bestia hambrienta. El sonido chirriante de las espadas al chocar contra las piernas mientras se deslizaban por el manto de hojarasca seca propagaba el silencio nocturno. Aquel sería el último porte, el último saco para dar tranquilidad a la corona. El momento debía ajustarse a la solemne traición por venir. El soldado que le acompañaba solo había cumplido sus órdenes, era leal. ¿Pero no rayaría la burda sandez dejar un cabo suelto? Mantener esa misión alejada de oídos curiosos y manos rapaces había resultado una hazaña agotadora y peligrosa a partes iguales. Fiarse no era acertado tan cerca del final.

Joachim Rosenvinge, científico, hombre culto azuzado por granjearse el estatus económico que se asociaba a su noble condición, desempeñaba el cargo de canciller del rey Cristián VII. Era su mano derecha cerrando el puño frente al Sund^[1]. Ese estrecho no solo estaba garantizando la prosperidad del país, sino que además se había convertido en un punto defensivo estratégico. Con los suecos al norte y los ingleses al oeste, los cañones de la fortaleza de Kronborg siempre apuntaban al mar. Nadie buscaría en tierra firme lo que nadie ha registrado en los libros de cuentas oficiales. Los asuntos del rey eran incuestionables.

Joachim recordaba con todo lujo de detalles cómo el rey ideó una farsa para convencerlo del cobro de los peajes adicionales, cobrados en metálico. La misión secreta añadi-

ría a las arcas un tercio del valor de los peajes, el resto del dinero a libre disposición del rey. A libre disposición. Esas palabras se le encajonaron en la mente. Odiaba al rey, su mente obtusa no entendía la exploración marítima, solo la explotación de los recursos naturales, era un frágil loco en una burbuja de pérfidas traiciones rodeado de parásitos con el único fin de beneficiarse.

Al blandir el pesado acero, la intención criminal quedó suspendida en las pupilas desconcertadas del soldado. El súbito ataque lo derrotó como una sombra furtiva en la oscuridad. Joachim se había desequilibrado por el esfuerzo, la edad no perdonaba, demasiadas batallas en su recio porte. Casi tropieza con el cuerpo del joven.

Cuando hubo limpiado la espada, lo observó sin remordimientos ni sin pensar siquiera en tomarse la molestia de enterrarlo. Pronto se fundiría en esas fértiles tierras envenenadas por la codicia, ocultas y tan secretas como los pecados que protegían entre siniestra espesura.

* * *

Elsinor, Dinamarca, abril de 2007

LA LUNA LLENA otorgaba a la estampa un viso ilusorio encantador. En medio del foso que rodeaba el castillo, como un estandarte más, o como una mariposa despojándose de su crisálida, emergía del agua la figura crucificada de un hombre sin cabeza. La espalda expuesta por completo, con las costillas separadas de la columna vertebral en un alegre batir. Siniestro, teatral, cruel. Solo el reflejo de la luna en el agua al moverse en ondas le restó magia al hechizo. Desde aquella posición privilegiada, podía considerarse el fin perfecto para la historia que nunca debió existir.

La bruma helada ascendía del foso al encuentro del cadáver, lo rodeaba, se movía a su alrededor en una danza si-

nuosa. Ni un alma compartiendo el placer de ver el brillo de la piel pálida de ese torso antes sólido, acariciado por demasiadas mujeres; nadie mientras le robaba minutos a la gloria por tener el honor de contemplarlo después de los intensos últimos días. Después del esfuerzo sobrehumano. Después de todo estaba mereciendo la pena grabarse en las retinas la fascinación por la muerte, para perderle el respeto, para creer en la inmortalidad. Alegoría sádica pertrechada con la calma de que nadie le buscaría al rayar el alba; la humedad y la putrefacción perdonaban.

Capítulo 1

POR SI NO ERA mala suerte haber llegado a Elsinor en pleno diluvio, tampoco encontraba la vieja casa del tío Oskar. Había pasado ahí los mejores veranos desde que tengo uso de razón, sin embargo no lograba orientarme. La visibilidad borrosa hacía que me concentrara en el vaivén de las escobillas de los limpiaparabrisas. Conducir un Clio de alquiler no ayudaba a que desviase los ojos de la oscura y solitaria carretera. Observé la zona residencial sin hallar una pista que me diera confianza, sin otro remedio que admitir la derrota. Todo cambia, me dije, ¿qué esperabas después de quince años?

Detuve el coche a un lado de la carretera e introduje en el móvil la dirección: 61, Rosenkildevej. De manera eficiente, el navegador localizó la calle. Debía hacer un cambio de sentido o continuar un par de kilómetros hasta la próxima rotonda. Era imposible coincidir con otro vehículo, ¿y si me ahorraba ir a la rotonda?

Comprobé varias veces la carretera y, tras echarle un vistazo al retrovisor, doblé el volante a tope para cambiar de sentido temeraria y rápidamente. Tan rápido y brusco como a continuación hundí el pie en el pedal del freno. De no haberlo hecho, habría atropellado al hombre que alumbraron los faros como si fuesen el potente foco del escenario de un teatro. ¿De dónde había salido?

El rostro desencajado del hombre brilló en la oscuridad, la lluvia le aportaba un aire victimista. Contuve la respiración aliviada, fijándome en que vestía ropa deportiva. Al menos llevaba un pantalón rojo que me permitió ver unas

rotundas piernas con la musculatura bien marcada por la rutina del ejercicio.

—¡Casi me matas!

Ante tal acusación no tuve más remedio que bajarme del coche.

La expresión irritada del hombre era previsible, lo que no podía imaginar es que perdería la voluntad cuando su corpulenta figura oscureció aún más la fría tarde de septiembre. Le calculé unos cuarenta años, rígidamente atractivos a pesar de la incipiente barba que le cubría el rostro.

—Lo siento mucho, ¿te encuentras bien?

—¡Sí, de milagro! ¿Cómo se te ocurre hacer esa manobra?

Lo observé con la mirada más dura que fui capaz de componer atenta a unos ojos grises beligerantes. Admitía mi error, un exceso de confianza incongruente con la profesionalidad que predicaba.

—He cometido una imprudencia y te pido disculpas.

Volví a hablarle con humildad, pretendía calmarlo.

—¿Disculpas? ¿Dónde aprendiste a conducir?

No tenía interés en continuar flagelándome; lo hecho, hecho está.

—Me alegro mucho de que solo haya sido un susto.

Di la vuelta sin prestar atención a algunas palabras malsonantes, incluso amenazas con denunciarme. Ni siquiera me fijé en él al iniciar la marcha. Iba pensando en que habría sido escandaloso aparecer mañana en comisaría pidiendo el primer favor a algún compañero. Esbocé una sonrisa leve. Por suerte eso no ocurriría.

A los pocos minutos, frente a la impresionante casa de tres plantas que había heredado mi madre después del fallecimiento de su hermano, hice la temida y anhelada regresión al pasado. No me pareció tan ruinosa como mi madre la había descrito. La encontré coqueta, tal vez por el resplandor del agua en el ladrillo verde pálido de la fachada o porque las ventanas blancas tenían los postigos de madera

con cenefas talladas, tuve la misma sensación de bienestar que sentía al llegar de Copenhague cuando empezaban las vacaciones de verano en el colegio. Todo se mantenía igual. El tiempo solo parecía haber existido para los arbustos de los callejones laterales, trepaban por las tapias con auténtica desesperación.

Tampoco percibí cambios en las dispares casas de los vecinos. A un lado, la mole sólida y moderna de Peder Laursen. Guardaba un buen recuerdo de su hija Anja, teníamos la misma edad, fuimos compinches en muchas travesuras además de íntimas amigas conforme crecimos. Y al otro lado, el destartado caserón de los Albertsen como advertencia de que la gloria no sobrevive si no se mantiene intacta.

Entré al zaguán con un súbito brote de miedo. Quizá mi madre no había exagerado tanto y la reforma no era ningún capricho. El lastimero crujido de la puerta al abrirse resultó estremecedor. Caminé despacio por las amplias habitaciones, aspirando el ligero olor a humedad que flotaba en la atmósfera lúgubre. El suelo necesitaba recuperar la calidez de la madera y a las ventanas de cerca les vi unas grietas descorazonadoras, sobre todo cuando rugiera el viento del norte. Y el mobiliario estaba apolillado, pero no me pareció feo, repleto de adornos inútiles si acaso. Solo salvé el inmemorial tocadiscos de mi tío y su colección de vinilos, aquel reducto de los ochenta era todo un clásico donde resultaba imposible no abstraerse en los recuerdos felices de la infancia.

Tuve nítida en la memoria la expresión de asombro de mis padres al ver los nuevos papeles pintados que eligió la tía Jette el verano del 93. Los ojos de mi madre estuvieron a punto de salirse de las órbitas mientras le mentía sin pudor sobre su buen gusto. Lo recordé a pesar de que a los once años la decoración no me importase nada, el impacto fue apoteósico y nos dio unos momentos de diversión que ahora logran empequeñecer otros momentos menos agra-

dables. Traté de relegar esos recuerdos a un recóndito lugar de la memoria cuando deshacía la maleta.

Luego, al abrir el pesado armario del dormitorio principal para guardar la ropa, me sorprendió que todos los vestidos de mi tía estaban bien colgados en perchas y sin embargo no había ninguno de los estrafalarios trajes de mi tío. Qué raro, no tenía constancia de que mi madre se hubiera dedicado a donarlos.

Pensando en hablar con ella, salí de la habitación rumbo a la cocina con ganas de preparar un té calentito para entrar en calor. Los radiadores funcionaban, pero sin llegar a quitar el helor que envolvía la casa entera.

Llevé la humeante taza al salón y me senté en una de las butacas de piel negra, anticuadas como las tupidas cortinas de flores o la alfombra de lana tejida a mano. Bebí sin dejar de pasear la mirada por las fotos de mis tíos que había dispersas en los muebles. Esas imágenes de una pareja joven en diferentes viajes me entristecieron. Estaban tal cual los recordaba en su mejor momento. Posé la vista en otra foto, una familiar hecha en el verano de 2004 en el patio trasero, la única foto de aquel último y mítico verano. Tal vez definirlo como mítico ha sido excesivo, si bien nada más empezar a recordarlo me cambió el ánimo.

Sonreí al verme de nuevo con veintidós años, qué pelos, al lado de la tía Jette, ya por aquellos días muy enferma del cáncer que unos meses después se la llevó; mis padres y el tío Oskar miran al objetivo sin molestarse por aparecer cómodos. Analizo sus rostros de forma minuciosa, sopesando una idea que añade más intriga a la escisión entre ellos.

Nunca he sabido con certeza por qué la estrecha relación entre mis padres y mi tío se rompió por completo, siempre había creído que ocurrió «algo» tras la muerte de la tía Jette. Algo que, por supuesto, ninguno se molestó en contarme pese a que pregunté insistente porque percibía la tensión de mi madre intentando ignorar a mi tío.

Tengo fieles recuerdos del hermetismo por parte de mis padres si interrumpía alguna conversación. No hacía falta que reconocieran hablar de él, notaba la profunda pena de mi madre en el tono de voz. Era duro verlo y sentir que menospreciaba mi capacidad de entendimiento. Quizá esa actitud me llevó a la perseguida indiferencia que le mostré a mi tío. Pienso esto por mitigar un poco algún ligero remordimiento; él tampoco hizo nada por mantener la relación conmigo.

Terminé el té y dejé mis cábalas personales con el propósito de centrarme en el asunto que me había obligado a abandonar de Londres la investigación del robo de una pintura de Matisse en la embajada de Dinamarca: encontrar los valiosos mapas sustraídos del Castillo de Kronborg, uno de los monumentos más insignes del país y, según la leyenda, escenario del inmortal *Hamlet* de Shakespeare.

No era el primer robo que se cometía en el castillo. El último fue en 2007 y quedó sin resolver; el ocurrido tres días antes, el 31 de agosto, parecía un calco. Misma pulcritud a la hora de manejarse por el interior y alrededores del castillo, misma fijación con la serie de mapas y, cómo no, misma facilidad para desvanecerse en la noche.

Pensativa, centré la mirada en la gatera que había en la puerta del patio. No recordaba ningún gato en esa casa. Después fui al baño con intención de ducharme, consciente de tener un cincuenta por ciento de posibilidades de no poder hacerlo con agua caliente. La mugre por el desuso me dio asco, lo limpiaría a fondo al día siguiente, aunque celebré el poder retractarme de los pensamientos pesimistas. Había agua caliente, un placentero lujo que supe apreciar sin prisas. Durante unos instantes me palpé las costillas, recorriendo esa delgadez recurrente para mis compañeros mientras me prometía excederme en las comidas más de lo habitual.

Una asombrosa llamada a mi móvil a esas horas me llevó a ponerme corriendo una toalla alrededor del cuerpo y a

chorrear agua por el castigado suelo de baldosas blancas.

—¿Inspectora Parrish? —dijo una titubeante voz masculina.

—Sí, soy yo.

—Hola, soy el inspector Martin Hansen, pertenezco a la Unidad de Investigación Criminal de Elsinor.

—Encantada, Martin, gracias por la llamada de bienvenida.

Durante unos instantes hubo un silencio abrupto, creí que fallaba la cobertura del teléfono.

—Estoy a cargo de la investigación del robo, trabajarás bajo mis órdenes.

Entorné los ojos, alerta al percibir un aviso de jerarquía laboral innecesario.

—Sin problema. Pertenezco a la unidad de Patrimonio Histórico de la comisaría central de Copenhague —expliqué de forma innecesaria, debía saberlo—, pero trabajo apoyando a todas las unidades del país y en investigaciones internacionales donde se hayan comprometido nuestros intereses. De hecho, acabo de dejar sin resolver un caso en Londres para esta colaboración; he llegado hace unos días.

—Lo sé —comentó seco.

—Tenía pensado presentarme mañana en comisaría, en cuanto termine la reunión con Chris Bjørn —mencioné al director del castillo porque había redactado un informe algo ambiguo detallando el robo—. He podido leer el informe que ha presentado al Ministerio de Cultura y no sé qué pensar. Solo sé que, si es cierto lo que cuenta, la aseguradora se va a lavar las manos.

—Como casi siempre, pero es la parte que ya no nos atañe. Te llamaba para pedirte que te pases ahora por el castillo.

—¿Ahora? Chris Bjørn no me espera hasta mañana —repetí molesta por una falta de atención que consideré anti-pática.

—En 2007 hubo otro robo, también se llevaron unos mapas —empezó a contar en un tono neutro—. Unos días después de ese robo apareció en el foso un hombre empa-lado, sin cabeza y con el torso totalmente destrozado.

—Conocía a Alex Peters desde la infancia —dije con voz apagada, recordando a aquella víctima de manera nítida.

Oí cómo el inspector suspiraba.

—Ha vuelto a ocurrir.

Capítulo 2

LA LLUVIA ERA una insignificante compañía mientras aparcaba en el *parking* al aire libre que había detrás del puerto deportivo. La majestuosa silueta del castillo parecía elevarse como una sombra funesta o como un mal augurio recortando el horizonte marítimo. Prescindí de la capucha del chubasquero caminando en dirección a la decena de agentes uniformados que divisaba en el perímetro del foso, casi todos dirigiendo sus linternas al agua. Solo vi en el grupo a un hombre cuya presencia me llamó especialmente la atención porque vestía de paisano y porque estaba de espaldas algo distanciado de los demás hablando por el móvil, pensé que sería el fiscal del caso.

A pocos metros de ellos empecé a sentir un súbito nerviosismo. Los agentes, excepto el tipo del móvil, se volvieron alumbrándome a los ojos. Las gotas de lluvia brillaron cegadoras a mi alrededor.

—Buenas noches —saludé cuando tuvieron a bien dirigir la luz de las linternas a otra parte—, soy la inspectora Parrish.

No me dio tiempo a más. Colapsé en una hoguera de vergüenza cuando vi de nuevo unos ojos grises altivos donde también percibí asombro. Sin lugar a dudas, el inspector Hansen y el individuo que había estado a punto de atropellar eran la misma persona. «Punto a mi favor para ir haciendo amigos», me dije animosa.

—Debí suponerlo —comentó cínico, tendiéndome la mano—. Martin Hansen.

—No tengo excusas ni justificación razonable, solo agradecimiento de poder conocerte.

—Vivo, ¿no?

Apreté la boca para evitar sonreír. No vi en él rastro de enfado.

—Por supuesto, muerto no me servirías de nada —comenté con simpatía, gratamente sorprendida por su tolerancia. También me resultó agradable su apariencia informal con aquellos vaqueros y el polo blanco Lacoste porque aun así transmitía rectitud. Desvié los ojos de las hebras plateadas que le asediaban las sienes, de manera involuntaria captaron mi atención—. Espero que no me guardes rencor —añadí, atenta a sus sagaces ojos.

—Has venido a colaborar en la investigación, sin rencores; solo compañerismo.

—Gracias —admití antes de volver la cabeza al foso donde los agentes habían reanudado la búsqueda—. ¿No ha aparecido otro cadáver en uno de los bastiones?

—Sí, esto es solo una batida rápida hasta que amanezca.

—Lo perverso suele ocurrir al amparo de la noche —reflexioné en voz alta.

Martin me observó durante un brevísimo instante.

—Acompáñame al bastión.

Cuando nos alejábamos hacia el puente, le pregunté:

—¿Crees que este robo y este crimen están relacionados con los de 2007?

—No creo que sea casualidad. ¿Qué experiencia tienes en homicidios?

—Entiendo que quieres oírlo de mis labios, porque dudo que no hayas leído mi expediente.

—A veces lo que se transcribe no se ajusta a la vivencia exacta.

—Con exactitud solo puedo decirte que investigo robos de patrimonio histórico danés en cualquier lugar del mundo, que antes de entrar en la Policía hice un máster de cri-